

Catarsis bohemia

Genith Katherine Lagos Rosero

Estudiante del Programa de Mercadeo

Universidad Mariana

Tantas almas salvajes, puras, bohemias, sin poderse liberar de un cuerpo atado a una sociedad llena de directrices, de concupiscencia, de falsos valores y vacíos que no logran entender ni mucho menos llenar, eso era lo que pasaba por la mente de Nathalie al recordar su viaje a Tennessee, un Estado de los Estados Unidos, donde vivió, más que un emocionante escape de su vida rutinaria, una extraña, pero verdadera conexión con su interior, sus raíces, su pasado, su esencia, lo que llevaba dentro.

Así comienza esta aventura de Nathalie, una mujer de 28 años, autorrealizada, licenciada en Ciencias Económicas y Lenguas Extranjeras Aplicadas de la Universidad de Estrasburgo en Francia; vivió con su madre, una reconocida economista, y su padre, un honorable abogado penalista; llevaba una vida acomodada y un trabajo estable. Aquel 21 de junio, donde comenzaba el cambio de estación de primavera a verano, se encontraba en su oficina parisina arreglando los últimos informes de un cierre de negocios exitoso, como todo su impecable trabajo; se detuvo un momento y alzó su mirada hacia un nuevo cuadro que se situaba en el pasillo antes de entrar a su oficina, era un hermoso paisaje en Tennessee, había escuchado que tenía magia y era un lugar perfecto para escapar, pero no había tenido la oportunidad de ir hasta ese momento.

Después del cierre del negocio con unos inversionistas marroquíes, planeó que pasaría unos cuantos días en Tennessee, así que decidió alquilar una casa cerca de las montañas Great Smoky, una cadena montañosa situada en la frontera entre Tennessee y Carolina del Norte en el sureste de Estados Unidos. En quince días ya tenía las maletas listas y estaba preparada, su vuelo

salía a las siete y cuarenta de la mañana; esa noche no pudo dormir bien, ya que tenía una extraña sensación y un palpito de que algo en su vida iba a cambiar, lo que no imaginaba era su radical metamorfosis.

Al llegar a su casa de alquiler, se sintió emocionada y algo agotada por el largo viaje, quería descansar, pero también quería conocer el nuevo lugar que emanaba un olor a bosque, animales salvajes, era un olor que no podía explicar o quizás era su pureza que lo hacía tan inefable. Nathalie entró a la casa, era clásica con arreglos modernos estilo tudor, tenía chimenea y varias habitaciones, era cómoda, perfecta para ella; tenía cuadros de paisajes imponentes, una decoración natural con flores, una sala grande con un sofacama holgado, la cocina clásica, y también estaba dotada con cosas modernas. Después de ese efímero recorrido, decidió escoger su habitación en el segundo piso, una habitación con balcón. La casa no tenía energía, así que no pudo arreglar sus cosas, se acostó y quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, se despertó por el canto de las aves de la zona, al instante llamaron a la puerta, era el guía turístico, Jack, que había contratado para explorar el lugar en los días que se encontrara en Tennessee. Era un hombre de aproximadamente 35 años, estatura alta, delgado, tenía un estilo relajado, no muy convencional, algo a lo cual estaba acostumbrada; lo invitó a pasar y cruzaron palabras. Ella le explicó el motivo que la había llevado a ese lugar para pasar unos días, le ofreció té, el guía esperaba, mientras Nathalie se alistaba para su primera salida. Jack la llevo a los alrededores en un Suzuki Jimmy, le contaba algo de historia del lugar y también de su vida, por qué se dedicó al turismo en esa zona, así transcurrió la mañana hasta la hora del almuerzo, donde optaron por algo muy típico, descansaron un poco y continuaron su recorrido. Cuando comenzó a caer la tarde-noche, Jack decidió invitar a Nathalie a un compartir una fiesta pagana que lo había invitado un amigo, él no era de esas cosas, pero pensó que tal vez Nathalie podría divertirse un poco, y ella aceptó.

Nathalie fue a la casa, se dio un baño y decidió colocarse ropa cómoda: una blusa básica blanca, un pantalón mariposa hindú vinotinto, unas botas y un abrigo. El compartir era en la casa del amigo de Jack, una casa parecida a la que había alquilado, un poco más actual, pero aún conservaba los detalles del estilo tudor clásico. Los recibieron los amigos que ya habían llegado, ya que el anfitrión aún estaba ultimando detalles; entraron y tomaron una bebida típica para irse acoplando con el ambiente. Al rato hubo música, y Nathalie no supo en qué momento había congeniado tan bien con aquellas personas, como si se conocieran de mucho tiempo. Entre baile, risas e historias graciosas, entró un hombre con un cigarro en la mano, era de estatura media, con barba, tenía un estilo hípster muy fresco; se dirigió a Jack saludándolo con un fuerte abrazo, había llegado hace poco a Tennessee y quería pasar un tiempo de ocio con

sus amigos. Al momento de saludar a Nathalie, cruzaron miradas de manera intensa y muy pasional, ambos sentían la necesidad de conocerse, de ir más allá, en ese momento interrumpió Jack diciendo: Nathalie, él es mi viejo amigo Andrew.

Al otro día, se despierta con una mano en su cadera, un olor a selva, agua, naturaleza, estaban en medio del bosque, desnudos a la orilla de un pequeño río, a lado del hombre más increíble que pensó que jamás podía existir o si existía solo se encontraba en los libros de cuentos infantiles, príncipes perfectos que nada tenían que ver con la realidad. Nathalie tenía los recuerdos intactos, cada detalle de lo que pasó después de conocer a Andrew; se sentaron hablar, pero no la típica historia de sus biografías, sino de las cosas que los conectaban, sus pasiones, su amor por la vida, su conexión con el mundo, sus defensas libertarias, con cada segundo que pasaba, ellos sentían que habían estado toda su vida esperando por ese momento. Por fin se sintieron completos, sintieron que la vida tenía un extraño sentido, que solo muy pocas personas lo encontraban. Los suspiros en medio de la nada, declarándose la magia infinita, las miradas lascivas que no se podían contener, la intimidad, el silencio, la respiración, los besos y las caricias quedaron impregnadas para siempre en la memoria de aquellos que encendieron la esperanza de un catarsis real, pura y libre, que les hizo sentir huracanes en el estómago, una fuerza desafiante para luchar contra aquellos que no creen en la magia de la seducción que levita el amor.

Desde aquel día, entendió el lenguaje de su cuerpo, comprendió la liberación de su alma, conectó con lo que llevaba en su interior y lo más importante había encontrado lo que muchos buscan en cosas mundanas: reconocimiento, placer, autoestima y en definitiva amor y cariño. Esa es la sensación que se experimenta cuando se descubre a sí mismo, hay muchas maneras de hacerlo y Nathalie la encontró por medio de un cuerpo, sexo, orgasmo, que es la unidad del cosmos, es la mezcla de energía de dos cuerpos que levitan fuera de sí mismos para conectar con el universo hacia un viaje sideral infinito. Desde entonces nunca volvió a ser la misma persona, regresó toda su seguridad y empoderamiento, que no podrán destruir porque se ha petrificado dentro de sí misma, esta fue la fuerza implacable de la naturaleza que generó la catarsis y la metamorfosis en dos seres que se atrevieron a sentirla en la piel.

Cuando decidió ser y sentir, Andrew se encontró en la noche con el sonido de la naturaleza, con las hojas secas de los árboles, el viento abrazándolo con delicadeza y con la infinita mirada que se desvanece entre los gemidos de la pasión y el éxtasis de Nathalie, entregando sus cuerpos desnudos, sus almas, sus esencias, siendo uno solo cuerpo, siendo parte de un universo distinto, donde el lenguaje del cuerpo, las miradas y las caricias son lo único que existe.